

Presentación:

“Otreddades, genero(s) y políticas de los cuerpos”

Por María Belén Espoz y Cecilia Michelazzo

Quizás algunas de las preguntas más complejas que surgen en la indagación de fenómenos cuyo eje es la corporalidad/subjetividad sean: ¿Cómo trabajar en los límites cada conciencia subjetiva y su vivencia corporal? ¿Cómo desandar la mirada que clasifica absorbiendo lo “otro” en totalidades cerradas? ¿Es posible co-construir un espacio/tiempo que respete “responsablemente” las experiencias y vivencias –con sus formas particulares de expresión– de esos “otros” pero “conmigo”? Y por último: ¿De qué manera es posible –si lo es– practicar el diálogo atendiendo a la violencia atada a toda interpretación para pensar una subjetividad, corporalidad, siempre en proceso de constitución?

Uno de los desafíos más complejos que plantea la sociología de los cuerpos y las emociones es escapar a las dicotomías naturalizadas en el sentido común, pero también de aquellas consagradas en ciertas tradiciones filosóficas y científicas. Así, las oposiciones micro/macro, individuo/estructura, cuerpo/mente, razón/emoción –entre otras– se quiebran una a una, en cuanto el investigador se propone re-conocer la complejidad de la realidad social, mirando desde una perspectiva donde las relaciones triádicas (que incluyen la mirada de quien se acerca a cualquier fenómeno/proceso con interés cognoscitivo) prevalecen, y se tensionan. Perspectivas que reconocen el desafío de no ocluir la conflictividad que atraviesa cualquier interrogante sobre las sensibilidades que se anclan en experiencias de cuerpos y sujetos que distan de las entendidas como “propias” y se ponen en juego en un eje donde la mismidad-otredad se establece como motor de búsqueda.

En esta línea, muchas concepciones contemporáneas en torno a la “otredad” realizan un salto cuantitativo y cualitativo respecto a sus predecesoras: éstas retoman el carácter –siempre– relacional y violento de dicha dinámica. Por eso, reconocer las políticas de los cuerpos (sus dispositivos de control, disciplinamiento, regulación) que estructuran una sociedad determinada, es un primer momento, deconstructivo para re-pensar el lugar de la sensibilidad social como instancia donde se batallan

las potencias de acción de millones de cuerpos que en la actualidad, en muchos países de Latinoamérica, viven cotidianamente en estado de sujeción y objetivación continua por aquellas tecnologías de poder que los sumergen en el mundo de la negación y el desconocimiento.

En nuestro contexto particular, no es casual que en las teorías producidas por el modelo colonial haya sido precisamente ese “otro” –el “alterno”, “el conquistado”, el “oprimido”– lo negado/ocluído del edificio teórico-empírico de su empresa: es a partir de ese reconocimiento que podemos hablar de etnocentrismo/egocentrismo de las producciones teóricas que aportaron a la configuración de unas sensibilidades donde predomina la “naturalización” de un mundo siempre-así, y de unos cuerpos con características “propias” y determinadas desde la colonización de sus emociones. Eduardo Grüner señalaba en este sentido que, “ese Otro forcluido en su propio origen (le hemos dado muchos nombres: el colonizado, la mujer, el proletario y todas las formas imaginables de opresión y exclusión) es, en su propia matriz, la tragedia desconocida, y tematizada por Freud, en la “división del sujeto””. “Origen” que desconoce el lugar de la historia material de unas producciones sociales que se disputan el lugar de atribuir y distribuir las subjetividades y corporalidades “deseables/posibles” –por ende, sus opuestos– de una sociedad y época determinada.

En esta intencionalidad con el “otro”/lo “Otro” se inscribe en principio la problemática de la identidad/traductibilidad: incluye a la vez la dialéctica de otredad/mismidad constitutiva de toda idea de sujeto –sostenida en el lenguaje y en el cuerpo– a la vez que expresa la materialización de un estado de la sensibilidad social, o mejor dicho, de los aspectos dominantes de unas sensibilidades sociales que estableciendo una “totalidad”, genera el principio de exclusión: los excedentes. La subjetividad y los cuerpos se tejen así entre pliegues de lo inclusivo-exclusivo que adquiere el rostro de lo considerado humano (o digno de humanidad).

Éste número de RELACES precisamente parte de ese principio de exclusión para desmontarlo y

problematizarlo: las autoras y autores han recurrido a estudios etnográficos clásicos, a la etnografía virtual, a la sociología, al análisis del discurso y de figuras literarias para afrontar los problemas y paradojas que supone utilizar el lenguaje para significar el cuerpo, y como forma de buscar otras formas de pensar y (re)conocer la complejidad inasible de las subjetividades corporizadas: inasibilidad que no significa renunciar conocer (siempre en proceso, aún cuando le demos una puntual conclusividad actual) y adoptar un punto de vista desde donde comprender dichos fenómenos.

Así, los artículos que integran este número focalizan en diversas subjetividades que se anclan en corporalidades que prefiguran diversas modalidades de “intervención” desde diversos actores/discursos sociales —el Estado desde sus diversas instituciones, los discursos “psi”, los “educativos”, los “amorosos”, las presentaciones sociales en los “medios de comunicación masiva” y “las nuevas tecnologías”, etc.: clasificados como “pacientes con trastorno límite de la personalidad”, como “discapacitados”, como “mujeres jóvenes”, o simplemente “jóvenes”, se parte de la corporalidad de estos sujetos en su accionar cotidiano para cuestionar, historizar y desnaturalizar esas clasificaciones. Cuerpos que expresan un sentir que difiere de los discursos que los instituyen en un tipo de sujeto con una estructura y una sensibilidad que legitima las intervenciones externas que pretenden agenciarlo y dotarlo de una especie de “normalidad” socialmente instituida (de los usos del espacio, del propio cuerpo, de las formas de experimentar el amor, el dolor, la sexualidad, etc.)

Si el establecimiento de tipologías, los procesos de abstracción, la diferenciación e identificación son operaciones básicas que el pensamiento científico comparte con el de sentido común, no pasa desapercibido en estos artículos cuánto de performatividad hay en la manera en que estas operaciones se llevan a cabo en nuestra sociedad. Las instituciones educativas, científicas, médicas, las industrias culturales y tecnológicas, son analizadas como operadores de disciplinamiento y control de las prácticas, así como también de la normalización/domesticación de las emociones. Se analiza y expresa precisamente el lugar donde se ponen a funcionar tecnologías que marcan, moldean y atraviesan los cuerpos a través de condensarlos en clasificaciones definitivas, en las cuales el poder del lenguaje es central. Por ello, al poner en juego los sentires que desde el cuerpo se experimentan en tanto cuerpos-objeto de esas definiciones, los auto-

res buscan epistemes “otras” que desanden las dicotomía cuerpo/lenguaje para entrelazarlas —materialmente— en una dialéctica donde siempre un plus es posible, para devolver a los cuerpos su lugar en tanto locus de conflictividad social.

No es casual entonces que sea el sexo/género una de las clasificaciones que más fuertemente se ha naturalizado a lo largo de la historia: al punto de que es la inscripción generica de un cuerpo la que le brinda inteligibilidad cultural y garantiza de alguna manera su reconocimiento como humano. Por esto dentro del feminismo han surgido diversas corrientes precursoras en la consideración de los cuerpos unidos a las subjetividades y las sociedades. El lema “lo personal es político” ha constituido un planteo que, en la militancia, ha dado pie para que la academia reconozca el lugar fundamental del cuerpo en las políticas de colonización cotidiana. La búsqueda por comprender las tramas del poder que marca la asimetría de género ha llevado a focalizar las maneras en que este poder es corporizado en cada subjetividad y a la vez a plantear la agencia de una matriz heteronormativa en la configuración material y simbólica de los mismos.

A partir de la reflexión sobre géneros y alteridades, éste número de RELACES propone una puesta en común orientada a reconocer cómo operan las tecnologías del poder sobre los cuerpos permitan a los sujetos reapropiarse de sus experiencias corporales, es decir, potenciar las salidas del “secuestro corporal” y poner-se en relación, en movimiento, es decir, posibilitar otras formas de acción. Comenzar por explotar los finos límites en los que las dinámicas de identidad/alteridad, mismidad/otredad configuran zonas de inclusión/exclusión, de deseabilidad/indeseabilidad, de los cuerpos y sujetos en nuestras sociedades, es un primer momento de toda comprensión que reconoce la dialéctica de las políticas de los cuerpos y las emociones y las vivencias específicas que se expresan desde los bordes de aquellos cuerpos que están por fuera de lo reconocido como “digno de humanidad”.

Si las subjetividades son corporizadas en la actualidad por múltiples dispositivos, una de las formas de batallar dicha objetualización es producir y desarrollar miradas que permitan concebir a los cuerpos en su potencia singular, como sitios de la emergencia de lo impensado, como lugar de disputa, porque es precisamente allí, en el cuerpo, donde el sistema capitalista actual deja pliegues que demuestran su fragilidad.